

rardo haciendo la cruz con el pulgar y el índice de la diestra mano, y el título de la caricatura, escrito con gruesas letras, decía: "La primera navaja de mi pueblo."

¡Oh, Dios! el entusiasmo que tal caricatura produjo en el pueblo no es para decirlo. Anduvo de casa en casa, y visitó hasta el curato y la presidencia municipal, y todos celebraron el ingenio de Gerardo y desde entonces aumentaron por montones sus discípulos de dibujo. En aquel general aplauso tomaba gran parte la venganza.

—¿No ha visto usted la caricatura? preguntaban á Dionisia algunas de sus antiguas conocidas.

—¿Cuál caricatura?

—La que hizo Gerardo.

No se necesitó más para que Dionisia comprendiese que se trataba de ella, y hubo malévola que le enseñó aquella obra maestra del antiguo ayudante de escuela.

Dionisia devoró en silencio la ofensa, de la que no pudo vengarse, pues sus males agraváronse paulatinamente hasta ponerla al borde del sepulcro. Y es fama que antes de entrar en agonía, fueron éstas sus últimas palabras: "Dijo bien, sí; dijo bien. Esta es mi arma y no la envaino," y sacó la lengua que nadie pudo después volver á su lugar.



EL FALLO DE SAN ANTONIO

Hay en el templo de San Francisco de la ciudad de Zacatecas una escultura del taumaturgo de Padua, sin mérito artístico, pero muy venerada por los católicos. Am hoy día, los martes entre nueve y diez de la mañana, cruzan las calles céntricas de la ciudad, las pollitas zacatecanas, que van á la misa de diez, que semanariamente se celebra en honor del santo. Y es fama que el milagroso paduano ha hecho matrimonios sin gastar repulgos. El ha vencido muchas veces la apatía de los jóvenes casaderos que desdeñan tanto seductor palmito, pues hecho innegable es que esta noble y leal ciudad es jardín de femeninas hermosuras. Basta dar un paseo los domingos en la tarde por la Alameda, para quedarse alelado con esas caritas de Serafín que fuerzan á creer en el paraíso.

Y conste que mi aserción no es lisonja, ni estudiada galantería, sino homenaje á la verdad debido.

Mas si las niñas piden buen marido al santo, otras pídenle dinero, dos cosas difícilísimas de obtener por la escasez, cada día más notable, de lo uno y de lo otro.

Exhausto de plata acuñada hallábase el honrado carpintero Crispín Ornelas, pues, aunque hombre de bien á carta cabal, no era de los más aventajados en su oficio, y su cotidiano quehacer reducíase á insignificantes composturas de muebles v remiendillos, que no valían la pena, motivo por el cual estaba siempre á la cuarta pregunta.

La familia de Crispín componíase de su esposa, que contaba una cuarentena de Eñeros, y á pesar de la pobreza, v frecuentemente miseria de su esposo, reventaba de gorda; y de media docena de diablillos, para calzar los cuales necesitábase más dinero del que ordinariamente ganaba el infeliz artesano.

Crispín había nacido y desarrolládose en una atmósfera de sencillez y piedad, medio en que vivió la mayor parte de las familias de nuestros antepasados, cuando no había aún ferrocarriles, ni luz eléctrica, ni Bancos, ni tantas otras cosas que me sé y me callo porque no quiero camorra con nadie, y que en montón hanos traído el pro-

greso. Era también devoto de San Antonio el humilde carpintero, y sus cuitas eran tantas como sus deudas, y éstas muchas y en diario aumento. No hallaba ya humano arbitrio para salir de aquel abismo de apuraciones. Su fe y su piedad lleváronle á los pies del patrón del honorable avuntamiento de Zacatecas, pues en aquellos religiosos tiempos los ediles de esta noble y leal ciudad, se acogieron al patrocinio de San Antonio á quien juraron patrón del municipio.

Todos los días, entre tres y cuatro de la tarde, hora en que el templo de San Francisco estaba siempre desierto, Crispín dirigíase á él, entraba á la capilla del santo, situada á la izquierda en un amplio crucero. La imagen hállase colocada bajo de un arco abierto en el centro del altar, de suerte que aquélla se ve por el frente y por la espalda en el resto del crucero que queda tras del altar. Al llegar el carpintero arrodillábase devotamente, se persignaba, y después de rezar algunos padrenuestros con sus correspondientes avemarías, clamaba en voz alta:

—Señor San Antoñito, ya hice mis cuentas, necesito para salir de todas mis apuraciones mil pesos cabales, sin que falte uno sólo; dámelos, pues de ellos tengo mucha necesidad.

Luego santiguábase media docena de

veces por lo menos, besaba la tierra y salía del templo con la profunda convicción de que el santo oiría sus ruegos.

Todos los días, por mucho tiempo, era la misma cantinela. Si hoy no me oye, me oirá mañana, decía con admirable fe el carpintero, la oración debe ser perseverante.

Una tarde paseábase por el barrio de San Francisco un rico minero á quien designaban con el apodo de el "Marqués," seguramente por su afición á la sangre azul, ó por su estudiada fachenda, y, ora fuese por religión, ora por curiosidad, entró al templo y oyó la oración que en alta voz hacía el carpintero. Sonrióse, no sé si por burla ó porque le cayese en gracia. Volvió al siguiente día, y la misma plegaria, y otro, y varios más, y Crispín erre que erre apremiando al santo.

El rico minero debía de tener muchas horas de ocio, pues diariamente por la tarde recorría parte de la ciudad, buscando en qué divertirse, y urdió que el humilde carpintero fuese una de las víctimas de sus divertimientos. Una tarde dijo el minero á su mozo, presentándole una talega de pesos nuevos de la cual extraio solamente uno.

—Victoriano, traete ese dinero oculto bajo tu "sarape" y vente trás de mí.

El mozo obedeció, y amo y criado en-

camináronse hacia el templo de San Francisco.

La iglesia estaba enteramente sola, ni el carpintero había llegado. Sonrióse el Marqués, pidió al mozo el talego y lo colocó en el altar á los pies de la escultura de San Antonio, luego, por una puerta que conduce á la parte del crucero situada tras del altar, dirigióse al camarín que dicha parte forma y ocultóse tras la cortina que cubre la luz del arco á espaldas de la imagen. Allí permaneció en pie algunos minutos sin hacer el menor ruido, mientras el mozo, sentado en un banca, veía con curiosidad el extraño proceder de su patrón.

No tardó en llegar Crispín, y después de los acostumbrados padrenuestros y avemarías, alzando los afligidos ojos hacia la imagen oyóse en todo el templo el mismo cotidiano hondo clamor:

—Señor San Antoñito, ya hice mis cuentas, necesito para salir de apuraciones mil pesos cabales, sin que falte uno solo, dámelos, pues de ellos tengo mucha necesidad.

Apenas acabada la oración, oyó una voz que á Crispín parecióle dulcísima, y no le cupo la menor duda que era la voz del santo.

—Crispín, hijo mío, le dijo, allí tienes en el talego que á mis pies está el dine-

ro que me has pedido; pero te advierto que tú querías mil pesos cabales y sólo son novecientos noventa y nueve.

—No importa, santito mío, respondió el carpintero rebotante de alegría, quien da los novecientos noventa y nueve, dará el uno que falta, y cogiendo ansioso el repleto saco, salió del templo á toda prisa. El minero y su mozo diéronse también para salir tras del devoto, á quien alcanzaron muy pronto.

—Entregue usted ese dinero, que es mío, dijo el Marqués á Crispín, asiéndole por un brazo.

—No lo entrego, replicó indignado el artesano, este dinero es mío, muy mío.

—¿Quién se lo dió á usted?

—Señor San Antofñito.

—¡Miren al embustero! ¡A la cárcel con él!

Y los tres fueron ante el juez de lo criminal, quien riéndose del caso oyó la querrela del uno y la contestación del otro. Citólos para el siguiente día y el dinero; entretanto, quedó en depósito en el Juzgado.

Pocos días después, el juez sobreeseyó en el juicio por no haber delito que perseguir y ordenaba en el auto la devolución del dinero al dueño de él. El Supremo Tribunal confirmó el auto de sobreesamiento, pero condenó al Marqués á perder el dinero á favor de Crispín, por haber-

se burlado de la fe y piedad del artesano. Todos llamaron á este fallo, el fallo de San Antonio.

El rico minero, al notificarle la sentencia, sacó un duro de la bolsa y dijo á Crispín, que estaba presente:

—Guárdalo y completa los mil.

—¡No lo decía yo! exclamó regocijado el carpintero, San Antofñito me daría los mil pesos cabales sin faltar uno solo.